
La intolerancia después del Comunismo

Isidro H. Cisneros *

“Hay que intentar que esas situaciones antes inéditas, que nos causaron asombro y dolor, y además hicieron enmudecer nuestra inteligencia, queden para generaciones futuras como un monumento del envilecimiento y la crueldad. Se hace imprescindible para ello mantener la memoria histórica” (Nudelstejer, 1999: 42).

Uno de los principales fenómenos que caracterizaron al siglo XX fue sus profundas intolerancias, representadas principalmente por los numerosos campos de concentración, tránsito y exterminio del pueblo judío, en donde destacan por sus atrocidades Majdanek, Auschwitz-Birkenau, Sobibor y Treblinka en Polonia, que causaron la muerte de casi 6 millones de personas, o por las acciones de persecución denominadas *Pogrom*, los campos de trabajo forzado conocidos como *Gulag* y las constantes purgas de carácter étnico-político en la ex-Unión Soviética. Estos eventos, vistos desde la distancia, acercaron a dos de los totalitarismos de nuestros tiempos representados por el nazismo y el comunismo: ambos con su visión totalitaria de la política, ambos con sus campos de exterminio y de trabajos forzados. Uno con el Muro del Ghetto de Varsovia y el otro con el Muro de Berlín. Tanto Hitler como Stalin buscaron imponer a través de cualquier medio su proyecto de redención social, y no dudaron en eliminar a quienes consideraban sus enemigos a través de la sistematización del terror y una política de largo aliento orientada a la persecución. Para uno era la “limpieza de clases” y para el otro la “limpieza étnica”. Ambos atribuyeron al Estado la tarea superior de la transformación política y la redención social. Pero no sólo Europa supo de intolerancias: éstas también aparecieron en otras partes del mundo, y en este sentido requieren un lugar especial en nuestra memoria los exterminios masivos científicamente diseñados para Hiroshima y Nagasaki en el Sudeste Asiático.

* Doctor en Ciencia de la Política por la Universidad de Florencia, Italia. Coordinador de Investigación en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales en su Sede Académica de México. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

co. Las intolerancias se proyectaron a través del diseño científico y el sofisticado desarrollo de técnicas para el exterminio masivo de grupos que se distinguían por su pertenencia a minorías portadoras de identidades particulares. Las intolerancias del siglo XX se presentan principalmente como un *rechazo de las minorías*.

Las intolerancias aparecieron en distintas partes del mundo bajo la forma de persecuciones étnicas, lingüísticas o religiosas en gran escala. Desde las colonizaciones forzadas de principios del siglo XX hasta el racismo sudafricano de triste memoria promovido por los Bóers y que fue conocido como *Apartheid*; desde el asesinato de medio millón de personas en Ruanda en una insensata guerra civil entre dos minorías étnicas –los hutus y los tutsis– hasta las decenas de miles de crímenes a manos de los fundamentalistas islámicos en Argelia; desde los asesinatos colectivos de fin de siglo en Sarajevo, Kosovo y Montenegro con sus terroríficas y masivas fosas comunes en Srebrenica y Omarska hasta las masacres étnicas con tintes de guerra civil en la nueva nación de Timor Oriental, en donde una tercera parte de la población padeció políticas de exterminio por parte de Indonesia en la lucha por la independencia que culminó en 1999 con nuevas masacres por motivos étnicos y en donde las víctimas alcanzaron a un tercio de la población. La intolerancia del siglo XX también se hace presente durante las persecuciones indígenas en América Latina, en especial en Guatemala con sus más de 200 mil personas muertas y desaparecidas, así como en Perú con sus 30 mil asesinatos políticos, en Colombia con su millón setecientos mil desplazados por la violencia política, y en El Salvador con su sangrienta guerra civil (Skidmore y Smith, 1999). Las intolerancias y su carga de violencia, que proyecta un “eclipse de la razón”, aparecen también en el Oriente Medio y en Asia, en donde las pugnas entre fundamentalismos religiosos o las disputas territoriales se presentan ya sea como expulsión de los tibetanos de su territorio o como la posesión por la fuerza de los denominados “lugares santos”. Las intolerancias se presentan también como un choque entre civilizaciones con un gran contenido histórico (Huntington, 1991)¹.

Un siglo de la maldad que, habiéndose iniciado con la primera guerra mundial de los años 1914-1918, inauguraba un terrible conflicto militar que ponía término a la *Belle Époque*, la cual, con sus ideas del progreso continuo y del *Art Nouveau*, había caracterizado la transición del siglo XIX al XX (Hobsbawm, 1996)². La primera guerra mundial se había traducido en el derrumbamiento de un gran número de regímenes políticos en Europa y en la aparición en Rusia de un régimen bolchevique revolucionario capaz de convocar a la mayoría de los partidos comunistas existentes en todo el mundo. Después de la primera guerra mundial no desaparecieron las tendencias nacionalistas, sino que se agudizaron. La afirmación sucesiva del nazismo en Alemania y del fascismo en Italia cargó al nacionalismo de una fuerza destructiva hasta ese momento desconocida. La derrota alemana e italiana en la primera guerra mundial estableció el principio fundamental que habría de caracterizar en Europa la reestructuración del nuevo ma-

pa político y cultural con la creación de los estados nacionales de tipo étnico-lingüístico (Briggs y Calvin, 1997: 304-347). Es conocido el caso de Rumania, que pasó a ser un conglomerado multinacional. Los matrimonios políticos celebrados por la fuerza al final de la primera guerra del siglo XX estaban condenados a durar muy poco tiempo. En efecto, el estallido de una segunda guerra mundial se combinó con la aparición de fenómenos de antisemitismo y de un darwinismo social transformado en política de Estado. Una herencia del positivismo del siglo pasado era la tesis de la superioridad de una raza por encima de otras. El estallido de la segunda guerra era considerado prácticamente sólo una cuestión de tiempo, sobre todo a la luz del triunfo del fascismo italiano en 1923 con la *Marcha sobre Roma*, en cuanto movimiento social que expresaba la insatisfacción y las frustraciones de ese país. La situación europea durante los primeros decenios del siglo XX se caracterizaba por el rencor que se fue difundiendo entre las élites políticas, y más en general en el “espíritu nacional alemán”, que se derivaba de las condiciones humillantes que el tratado de paz de Versalles había impuesto a Alemania (Elias, 1999: 7-28). Habría de pasar poco tiempo para que Adolfo Hitler fuera elegido –con métodos democráticos– Canciller de Alemania el 30 de enero de 1933. En marzo del mismo año se inauguraba el primer campo de concentración para prisioneros políticos de la Alemania nazi en Dachau. Por su parte, la Unión Soviética transitaba por un proceso revolucionario que habría de transformar radicalmente la faz política del planeta.

Hoy nos damos cuenta que las atrocidades de las guerras y de las persecuciones han permeado en su totalidad al siglo XX, *el siglo de las catástrofes para las minorías*, que se manifiesta en numerosos hechos históricos de carácter violento los cuales no deben hacernos olvidar las diversas atrocidades e intolerancias que se sucedieron paralelamente a los dos grandes conflictos bélicos mundiales, y que se intensifican particularmente durante el paso del siglo XX al XXI. En muchos sentidos el siglo que recién ha concluido ha recibido lecturas de tipo “apocalíptico” (Carsy, 1999; Bravo, 1999)³. A esta caracterización han contribuido en mucho la denominada crisis de las ideologías y el despertar de los nacionalismos étnicos. El proceso de globalización y la crisis del tradicional Estado nacional representan también importantes elementos de este escenario (Ohmae, 1997). El siglo XX tampoco pudo cancelar la pena de muerte como símbolo de terror y como una violación a los derechos humanos más elementales. Muchos estados continúan ejecutando personas que más tarde se llega a descubrir que eran inocentes (Amnistía Internacional, 1999).

Entre los muchos casos de intolerancia que se pueden mencionar está el del *Protectorado del Congo*, o mejor dicho la colonización de ese país, en donde la explotación inhumana de sus habitantes por parte de los belgas bajo el reinado de Leopoldo II se expresó en trabajos forzados, mutilaciones a los indígenas infligidas por represalia, y masacres e incendios de comunidades enteras, que redujeron la población del Congo en 3 millones durante el período 1891-1906. Lo mis-

mo sucedió en 1929 durante *la ocupación de Libia* por parte de los ejércitos de Benito Mussolini, quien ordenó aplastar en modo definitivo la resistencia de los campesinos que había iniciado desde los primeros días de la ocupación italiana del país africano en 1912 (Rochat, 1988: 89-123). Veinte años después, y dado que los rebeldes encontraban apoyo en la población civil, el genocidio se dirigió en contra de ésta a través de masacres o confinamientos en campos de concentración en pleno desierto que llegaron a agrupar hasta 80 mil árabes en condiciones deplorables, a pesar de ser éstos ajenos a la resistencia a la ocupación italiana. Otro caso dramático de intolerancia que nace con el siglo XIX pero que se prolonga a lo largo del siglo XX es el genocidio en contra de la *minoría armenia* por parte de Turquía. Como los griegos, en el contexto del Imperio Otomano, los armenios gozaron de una cierta autonomía hasta mediados de 1850, pero con el intensificarse de una política propia de unificación nacional se iniciaron las persecuciones violentas. Así, mientras los griegos encontraban apoyo en su recién establecida patria, que por lo menos ofrecía un refugio natural, los armenios se encontraban indefensos del todo. En contra de ellos se desató una represión sangrienta: con el pretexto de un atentado en Constantinopla en 1896 se inició una carnicería durante la cual los turcos asesinaron a 100 mil armenios. Poco más de 400 años después se habría de repetir una versión contemporánea de *la Noche de San Bartolomé*, que cobró la vida a miles de hugonotes en Francia un fatídico 24 de agosto de 1572 (Monter, 1992). Otras masacres ocurrieron en 1909 en la ciudad turca de Adana. Un genocidio sistemático, sin embargo, fue llevado a cabo en el lustro 1915-1920 cuando un tercio de la población armenia, estimado en 600 mil personas, fue masacrado mientras que otro tercio fue deportado hacia regiones inhóspitas de Turquía en su parte asiática. El resto de los sobrevivientes lograron escapar y refugiarse en la región de Armenia en la ex-Unión Soviética. Lo mismo se podría decir del largo peregrinar de los gitanos, lleno de prejuicios y exclusiones (Fonseca, 1997).

No obstante, quienes llevaron a cabo una actuación sistemática de genocidio y con ello generaron la centralidad de la intolerancia en el siglo XX fueron los *nazis*, quienes lo convirtieron en una política de Estado y en una ideología con características propias. El éxodo milenario y las persecuciones a que ha sido sometido el pueblo judío alcanzaron su clímax con el Holocausto durante la primera mitad del siglo XX (Hilberg, 1995). Aunque es necesario recordar que también han existido intentos por restar credibilidad al Holocausto, o mejor dicho a la *Shoá* (Lipstadt, 1994)⁴. Para entender a las nuevas intolerancias del siglo XXI es necesario recurrir a un *uso social de la memoria* con el objeto de no olvidar los horrores y las persecuciones de ayer, que se presentan también hoy. Recordemos que la segunda guerra mundial se inició en 1939 como un conflicto exclusivamente europeo. Entre sus causas inmediatas, además del imperfecto tratado de Versalles, que estableció una precaria paz en 1918, encontramos las constantes acciones expansionistas de los viejos estados coloniales: la invasión japonesa de

Manchuria en 1931, la invasión italiana de Etiopía en 1935, la intervención alemana e italiana en la guerra civil española de 1936-1939, la invasión alemana de Austria en 1938, la mutilación de Checoslovaquia y su posterior ocupación por parte de Alemania en 1939. Este año es muy importante. En efecto, durante 1939 se llevaron a cabo sangrientos sucesos que habrían de marcar *el siglo XX como un siglo de las intolerancias*. En ese año acontece la ocupación de Albania por parte de Italia y aparece también el expansionismo japonés sobre el Pacífico, lo que generó el enfrentamiento con el ejército rojo en un conflicto no declarado pero de amplias proporciones en la frontera chino-siberiana. 1939 es también un año que no debemos olvidar porque es cuando Alemania invade a Polonia, que cae derrotada en sólo tres semanas para después ser dividida territorialmente con la URSS. Ante la sorpresa de los vencedores de la primera guerra mundial, Francia y Gran Bretaña, Alemania decide invadir a Noruega, Dinamarca, los Países Bajos y Bélgica, objetivo que logra con relativa facilidad en 1940, el mismo año en que finalmente consigue su mayor tesoro, representado por la caída de Francia. Es aquí que la Italia fascista de Mussolini se coloca del lado alemán (Palla, 1996). La decisión de participar en la guerra como aliado del nazismo se demostró fatal para el régimen fascista. La “brutal amistad” de Mussolini y Hitler no habría de prosperar (Ginsborg, 1989: 3-46)⁵. Sólo quedaba Gran Bretaña, que en un desesperado intento por extender la guerra a los Balcanes para abrir un nuevo frente en contra de Alemania sólo logró desencadenar la esperada conquista de toda la península por parte de los alemanes, incluidas las islas griegas. De allí la invasión alemana prosiguió hacia África, en donde los ingleses con muchos esfuerzos lograron mantener el control desde su base en Egipto. La guerra llegó a su clímax con la invasión de la URSS lanzada por Hitler el 22 de junio de 1941. Esta fecha es considerada por una gran cantidad de historiadores como decisiva en la segunda guerra mundial. Durante el verano de 1942 y la primavera de 1943 los ejércitos alemanes fueron contenidos, acosados, rodeados, y finalmente se vieron obligados a rendirse en Stalingrado (Collotti, 1996). Acto seguido los rusos iniciaron una ofensiva que los habría de llevar primero a Berlín y después a Praga y Viena al final de la guerra.

Las intolerancias que todo esto produjo fueron prototípicas de la segunda confrontación mundial, que fue primero europea y después mundial, así como pasó posteriormente de ser una guerra masiva a una guerra total. Las muertes producidas por la guerra fueron cuatro veces superiores si se comparan con las de la primera guerra mundial, y representaron a casi 20 millones de personas: entre el 10 y 20% de la población total de ese entonces en la URSS, Polonia y Yugoslavia. Durante el Holocausto se exterminaron a casi 6 millones de judíos. Con el asedio alemán a Leningrado, que duró 900 días, murieron aproximadamente un millón de personas por efecto del hambre y del frío. También murieron poco más de 3 millones de prisioneros de guerra rusos en Alemania. No obstante este contexto de crecientes intolerancias, encontramos a uno de los más importantes pro-

motores de *la no violencia*, Mahatma Gandhi, quien era plenamente consciente de la disparidad de fuerzas entre el imperio inglés y la India colonizada, por lo que al elegir el método de la no violencia escogía para aquel particular contexto el medio más eficaz: si los hindúes hubieran intentado combatir con las armas a los ingleses, sólo se habrían hecho exterminar por el poderío militar de los colonizadores (Salt, 1999)⁶.

Nuevos ejemplos de intolerancias los encontramos más recientemente ya en los '60, durante la guerra de Vietnam. Entre las atrocidades que debemos recordar de dicha guerra resulta relevante la denominada *Operación Fénix*, consistente en la supresión física de los funcionarios de la administración civil sudvietnamita sospechosos de simpatizar con el movimiento de liberación encabezado por Ho Chi Min. En este tenor aparecen las masacres de *Song My* en la provincia de *Quang Ngai*, cuyos habitantes civiles fueron exterminados por militares norteamericanos. Las intolerancias también se hacen presentes durante la instauración del *comunismo pol-potiano* en Camboya, que busca en el marco de la “revolución total” la desintegración física y moral de un pueblo entero y de sus vestigios culturales. La ideología Khmer había dividido a la sociedad en cinco clases sociales: *los Khmer rojos* quienes representaban la “vanguardia iluminada”; *el pueblo antiguo* formado por campesinos que habitaban originalmente en las zonas controladas; *el nuevo pueblo* también integrado en su mayoría por campesinos que habitaban en las zonas del antiguo gobierno y que en su mayoría fueron deportados a campos de reeducación forzada; *el sub-pueblo* formado por gente ilustrada y libres profesionales quienes eran considerados como no reeducables y por esto destinados en el corto plazo a ser eliminados; y finalmente *los traidores*, quienes representaban por sí mismos a una entera clase social formada principalmente por funcionarios, militares e intelectuales del antiguo régimen que debían ser inmediatamente suprimidos bajo el pretexto de mantener “incontaminada a la revolución”. Es posible deducir que las formas modernas de la intolerancia producen crímenes que no sólo vulneran los derechos humanos sino que también deshumanizan y eliminan la dignidad humana. La violencia de los intolerantes se dirige contra la población civil bajo muy diversas formas: ejecuciones sumarias y homicidios de masa, exterminios y terrorismo, estado de esclavitud y campos de concentración, deportación forzosa, prisión y tortura, experimentos genéticos, campañas sistemáticas de abusos sexuales científicamente planificados, abortos forzados o hijos que son secuestrados y separados violentamente de sus padres, todos ellos actos a los que se suman otras modalidades de persecución política, religiosa y racial.

Otro tipo de intolerancias que observamos en el siglo XX, esta vez al interior de las democracias, se encuentra en las poco conocidas esterilizaciones forzadas de los sujetos considerados *asociales* en Suecia –pero también en Dinamarca, Noruega, Finlandia, Estados Unidos, Alemania y el cantón suizo de Vaud– cuyos gobiernos de tipo social democrático cancelaban legalmente la posibilidad de re-

producción a ciertos grupos sociales considerados indeseables por sus antecedentes penales o sus *imperfecciones naturales*, causadas por motivos hereditarios o por enfermedad mental. De esta forma se pensaba que era posible reducir los gastos del *Welfare State* en Suecia. Resulta absolutamente increíble que entre 1935 y 1976 en ese país, considerado incluso modelo de un tipo de socialismo, más de 60.000 personas –principalmente mujeres– hayan sido sometidas a esterilizaciones forzadas. Todo se inició con una ley de 1935 que hacía legal la esterilización para los minusválidos considerados indignos para procrear (Moriani, 1999: 166-125). Así en 1958 se crea en la prestigiosa Universidad de Uppsala el “Instituto Nacional de Biología Racial”. Este instituto tiene un interés especial por la *Eugene - nética* o *Eugenesia*, que significa literalmente la “aplicación de las leyes biológicas de la herencia para el perfeccionamiento de la especie humana” (AA.VV., 1999: 645). El fantasma del positivista y darwinista social italiano Cesare Lombroso aparecía casi 100 años después para ilustrar su magisterio sobre la antropología criminal. La manipulación del genoma humano no es un hecho del siglo XXI. Nuevos peligros se derivan de las intolerancias del pasado: pretender que los derechos civiles, políticos, sociales o culturales tienen –aunque sea remotamente– algún tipo de correspondencia con la dotación genética de los individuos o grupos sociales.

Las intolerancias después del comunismo se presentan como una “tiranía del pensamiento” que tiene un nuevo nombre y representa una nueva categoría mental: *un populismo de tipo étnico nacionalista*. Las intolerancias producidas por la caída del comunismo aparecen en los Balcanes bajo el tirano Slodoban Milosevic, promotor de la más impresionante limpieza étnica que hayamos conocido después de la caída del Muro de Berlín en 1989, que una minoría nacional representada por los serbios aplica en contra de otra minoría étnica representada por los albaneses (Fuentes, 1997). Nuevas intolerancias surgen de las ruinas del comunismo y del despertar de los nacionalismos, proyectando también una nueva visión totalitaria que encuentra en muchas regiones el camino del mundo de un desconcertante apoyo popular (Connor, 1998). La guerra de los Balcanes, la guerra en Chechenia, el viejo-nuevo conflicto en Macedonia, las crecientes pugnas entre Paquistán y la India, así como entre Taiwán y China, son ejemplos del nuevo orden político internacional que ha sido producido por la globalización. Los nuevos populismos aparecen anclados a un viejo tipo de nacionalismo étnico, pero que adquiere en las actuales circunstancias de universalización económica y cultural verdaderas características apocalípticas. El nacionalismo representa una herencia de las democracias populares típicas tanto de los viejos regímenes comunistas en Europa Oriental como de los “nuevos” regímenes democráticos en América Latina. Las persecuciones e intolerancias raciales han prosperado ante la mirada incrédula de las democracias occidentales más consolidadas, bajo la forma de *nuevas inquisiciones*. Estas intolerancias se han desarrollado también en estos últimos regímenes: baste recordar a Le Pen y su *Frente Nacional* en Fran-

cia, a Umberto Bossi y su *Liga Norte* en Italia, o a Jörg Haider y su Partido Liberal (Fpö) en Austria. Las nuevas intolerancias representan la indiferencia o el desprecio de aquellas características que hacen al otro, al extranjero, *un diferente*, estableciendo formas más violentas de distinción entre perseguidores y perseguidos. Observamos nuevas formas de intolerancia que se sustentan en aspectos identitarios de tipo étnico, religioso, político o cultural que afirman la discriminación *del otro* al tiempo que presentan con fuerza la necesidad de explicaciones, conceptualizaciones e incluso teorizaciones. Esta incapacidad para reaccionar frente a las nuevas intolerancias refleja no sólo la crisis de las ideologías anti-racistas, anti-semitas y anti-xenófobas, sino que también expresa la crisis del pensamiento progresista (Taguieff, 1994: 369-396). Las recientes guerras en distintas partes del mundo enseñan que la violencia sólo genera más violencia, produciendo profundas heridas insalvables entre grupos que pertenecen –por tradición e historia– a sectores étnicos diversos ya sea en los Balcanes, en Timor Oriental o en Chechenia. Respecto al uso de la violencia para defender los derechos humanos, Tzvetan Todorov, importante estudioso de la historia de la moral, ha sostenido que no es “bombardeando a una parte de la población en nombre de los derechos de la otra” que un conflicto puede resolverse. Teniendo en mente los actos de discriminación y de “limpieza étnica” llevados a cabo en Kosovo, pero también los desplazamientos de masa que caracterizaron por entero la historia del siglo XX desde la persecución de los hebreos, gitanos o armenios bajo el nazismo hasta la transferencia forzada de poblaciones enteras al interior del imperio soviético, este intelectual de origen búlgaro radicado en París analiza las tensiones que produce la coexistencia entre poblaciones que tienen diferentes tradiciones culturales, religiosas y lingüísticas: “si teóricamente el objetivo político de la guerra de los Balcanes era asegurar los derechos de las minorías étnicas perseguidas, resulta obvio que la exacerbación violenta de los antagonismos étnicos deja cicatrices muy difíciles de sanar sobre todo cuando una parte de la población considera necesaria la eliminación o la autoafirmación intolerante de su identidad ya sea étnica, religiosa o social por sobre otros grupos que son portadores de diferencias” (Todorov, 1999[a]: 50-51).

Los hombres, para existir, tienen necesidad de reconocimiento social. Si no encuentran tal reconocimiento y les parece que todos los caminos de coexistencia se cancelan, se refugian en lo único que les queda, que es su pertenencia a una identidad colectiva. Esta situación crea las condiciones para que los grupos sociales produzcan una predisposición hacia los líderes carismáticos, demagógicos y fanáticos que ofrecen la salvación colectiva buscando “chivos expiatorios” entre quienes viven entre ellos pero que no son como ellos. El economista inglés Adam Smith sostenía que “no es de la benevolencia del carnicero de quien los hombres esperan el almuerzo, sino de su interés, y por lo tanto, la zanahoria puede ser más convincente que el bastón” (Todorov, 1999[b]: 6). Si los grupos sociales encuentran reconocimiento y si los hombres pueden realizarse, entonces, la idea de per-

tenencia a la comunidad de los musulmanes, de los judíos, de los cristianos, de los ortodoxos, de los serbios o de los albaneses pierde sentido. La intolerancia cesa cuando no sirve más. El ejemplo de los países de los Balcanes con sus antiguos Estados (Yugoslavia, Macedonia, Albania, Rumania y Bulgaria) es ilustrativo de una situación de grave desastre económico y social al cual se asocia un régimen de tipo comunista que se prolongó por mucho más tiempo que en el resto de Europa Oriental (Kovács, 1999: 181-222). Este grupo de ex-Estados nacionales se caracteriza por la existencia de fuertes minorías étnicas que forman un verdadero mosaico de poblaciones, las cuales durante todo el siglo XX han sido testigos del sucesivo conformarse y modificarse de sus fronteras nacionales (Janine, 1999: 155-177). Fronteras que son marcas de sangre y de historia. Todo esto al tiempo que aparecían nuevos dictadores, desde el rumano Ceausescu al fundador del partido comunista albano Enver Hoxa, desde el mariscal Tito al psiquiatra Radovan Karadzic, desde el carnicero Ratko Mladic al “zorro de los balcanes” Slobodan Milosevic, responsables estos últimos, en la frontera del tercer milenio, de la muerte de más de 200 mil personas y del éxodo de más de 2 millones de prófugos y refugiados, llevando a cabo la deportación de poblaciones enteras fuera de su propio país. Las formas modernas de la intolerancia involucran no sólo a individuos en lo particular sino también, y de aquí su peligro, a las élites y clases dirigentes, y a regímenes políticos perfectamente estructurados. Pero sobre todo, estas formas modernas de la intolerancia involucran un modo muy particular de concebir a la política.

Respecto a las formas modernas de la intolerancia y al uso de la fuerza militar con objetivos humanitarios, el filósofo de la política Norberto Bobbio nos recuerda la relación establecida por Max Weber entre la ética de la responsabilidad y la ética de la intención. La política responde a la primera mientras que la moral corresponde a la segunda (Bobbio, 1999: 4-5). Frente a las intolerancias de nuestros tiempos, Bobbio reconoce que el problema no es usar o no la violencia, sino más bien el usar la violencia necesaria, la violencia útil, aquella que sirve al objetivo establecido: para alcanzar el fin para el cual ha sido empleada. La violencia, sostiene este importante pensador italiano, debe ser evitada cuando resulta inútil para disuadir al intolerante. El siglo XX aparece así como *el siglo del odio y de las intolerancias*; el siglo más terrible de la historia moderna de Occidente, para decirlo en palabras de Sir Isaiah Berlin (Berlin, 1993: 37-42). Por lo tanto, iniciado el siglo XXI *la marca indeleble de la memoria* se nos presenta como un medio eficaz para combatir las nuevas intolerancias de nuestro tiempo.

Bibliografía

- AA.VV. 1999 *Diccionario Enciclopédico* (Océano: Barcelona) 645.
- Amnistía Internacional 1999 *Error capital. La pena de muerte frente a los derechos humanos* (Madrid: Amnesty International Publications).
- Berlin, Isaiah 1993 “Descubrimiento de Auschwitz”, en *Isaiah Berlin en diálogo con Ramin Jahanbegloo* (Madrid: Muchnik) 37-42.
- Bobbio, Norberto 1999 “Uno cosí deve essere eliminato dalla faccia della terra”, en *Liberal Dossier* (Roma: Liberal Editores) N° 59, 22 de Abril, 4-5.
- Bravo, Armando (ed.) 1999 *Apocalipsis: ¿fin de la historia o utopía cristiana?* (México: Universidad Iberoamericana).
- Briggs, Asa y Patricia Calvin 1997 “De la guerra en Europa a la guerra mundial, 1933-1945”, en *Historia Contemporánea de Europa* (Barcelona: Crítica) 304-347.
- Carsy, Frances 1999 *The Apocalypse and the shape of things to come* (Londres: British Museum Press).
- Collotti, Enzo 1996 *Hitler e il nazismo* (Florencia: Giunti).
- Connor, Walker 1998 *Etnonacionalismo* (Madrid: Trama Editorial).
- Deakin, F.W. 1963 *Storia della repubblica di Saló* (Turín: Einaudi).
- Elias, Norbert 1999 *Los Alemanes* (México: Instituto Mora) 7-28.
- Fonseca, Isabel 1997 *Enterradme de pie. El camino de los gitanos* (Barcelona: Península).
- Fuentes, Julio 1997 *Sarajevo. Juicio final* (Barcelona: Plaza & Janés).
- Ginsborg, Paul 1989 “L’Italia in guerra”, en *Storia d’Italia dal dopoguerra a oggi* (Turín: Einaudi) 3-46.
- Hilberg, Raul 1995 *La distruzione degli Ebrei d’Europa* (Turín: Einaudi) 2 vols.
- Hobsbawm, Eric 1996 *Historia del Siglo XX* (Barcelona: Crítica).
- Huntington, Samuel 1991 *The third wave. Democratization in the late twentieth century* (Oklahoma: University of Oklahoma Press).
- Huntington, Samuel 1996 “Las civilizaciones en desacuerdo”, en *Fin de siglo* (México: McGraw-Hill).
- Janine, Calic-Marie 1999 “La guerra civil en Yugoslavia”, en *Sociedades en guerra civil* (Barcelona: Paidós) 155-177.

- Kovács, János Mátyás 1999 “Populistas y occidentalizadores en Europa del Este”, en Berger, Peter (ed.) *Los límites de la cohesión social* (Barcelona: Galaxia Gutenberg) 181-222.
- Lipstadt, Deborah 1994 *Denying the Holocaust. The growing assault on truth and memory* (Estados Unidos: Penguin Books).
- Monter, William 1992 *La otra inquisición* (Barcelona: Crítica).
- Moriani, Gianni 1999 “La socialdemocratica sterilizzazioni scandinava”, en *Il Secolo dell’Odio* (Venecia: Marsilio) 116-125.
- Nudelstejer, Sergio 1999 “El naufragio de la razón” en *Humanismo y cultura judía* (México: UNAM-Comité Unido Tribuna Israelita) 42.
- Ohmae, Kenichi 1997 *El fin del estado-nación* (Santiago de Chile: Andrés Bello).
- Palla, Marco 1996 *Mussolini e il fascismo* (Florencia: Giunti).
- Rochat, Giorgio 1988 “L’esercito e il fascismo”, en *Fascismo e società italiana* (Turín: Einaudi) 89-123.
- Salt, Henry S. 1999 *Los derechos de los animales* (Madrid: Libros de la Catarata).
- Skidmore, Thomas y Peter Smith 1999 *Historia contemporánea de América Latina* (Barcelona: Crítica).
- Taguieff, Pierre-André 1994 “Antirazzismo e ideologie anti-pregiudizio”, en *La forza del pregiudizio* (Bologna: Il Mulino) 369-396.
- Todorov, Tzvetan 1999[a] “Basta bombe, ora servono i soldi”, en *Liberal Dossier* (Roma: Liberal Editores) N° 59, 22 de abril, 50-51.
- Todorov, Tzvetan 1999[b] “Solo ferite insanabili se si bombarda una parte della popolazione in nome dei diritti dell’altra”, en *La Stampa* (Turín), 17 de Abril, 6.

Notas

1 El mismo autor ha regresado recurrentemente al tema: Huntington (1996).

2 Paradójicamente la excelente obra de Eric Hobsbawm sobre “el siglo corto” trata de manera bastante ligera el tema del Holocausto, que desde nuestro punto de vista es central en la comprensión de las intolerancias del siglo XX: Cfr. Hobsbawm (1996).

3 Ejemplos de ello los encontramos en Carsy (1999), así como en Bravo (1999).

4 Estos intentos “negatorios” van desde la presunción de la inexistencia de las cámaras de gas hasta el cuestionamiento de la existencia del *Diario de Ana Frank*. De la refutación de este “revisiónismo histórico” da cuenta la excelente obra de Lipstadt (1994).

5 Para un análisis más detallado sobre los acuerdos entre ambos personajes: Deakin (1963).

6 Es importante hacer notar cómo en el desarrollo de la concepción de la no violencia propuesta por Mahatma Gandhi aparecen otros teóricos que reflexionan sobre la temática de los derechos, como Henry S. Salt, quien ejercita una notable influencia sobre el pensamiento progresista de la época: Cfr. Salt (1999).